

pañía de Jesus, me han confesado de buena fé que han cambiado de concepto con la lectura de esta juiciosa obra, y conoçian el mérito de los servicios de esta corporacion á la juventud y á las naciones bárbaras, que en muy crecido número redujeron á la fé católica, han calificado justa la pretension de que regresen varones tan ilustres á este pais, de donde fueron injustamente lanzados, para que restablezcan la moralidad y las ciencias, en gran parte perdidas, y sin las que no puede ser feliz una nacion. Yo, pues, me doy por satisfecho y recompensados mis afanes con haber conseguido este objeto, y concluyo suplicando á los buenos americanos que desean nuestra felicidad, haga cada uno por su parte cuanto pueda para que se realice el suspirado restablecimiento de esta sociedad. Suplico igualmente, se me dispense la libertad que me he tomado de añadir una ú otra nota al texto para ilustrar algunos hechos ocurridos despues de haber escrito el padre Alegre su historia, y de que no pudo tener noticia, así como al supremo gobierno el que haya formado é insertado en el primer tomo un suplemento relativo al Nuevo-México, cuyas misiones no tuvieron los jesuitas. Hicelo con el objeto de manifestar la necesidad que hay de establecerlos allí, ó en otros puntos, só pena de que alentados los bárbaros con los auxilios de los aventureros Tejanos continuarán haciéndonos una guerra á muerte y sin cuartel, que no podremos resistir por la falta de gente, de tropas y de dinero para pagarlas, de modo que si esta continúa, no solo seremos testigos de muy horrendos destrozos, sino que probablemente perderemos para siempre una gran parte de aquellos ricos departamentos, que bien administrados, producirian muy cuantiosas rentas á nuestro erario. Desengáñese el gobierno y abra los ojos para conocer esta dolorosa verdad; en tiempo está de remediar males tan infandos. *La ferocidad de los indios gentiles no se doma sino por medio de las misiones, y para estas ningunos son mas propios que los jesuitas.* Algunas tribus de bárbaros han protestado que no se someterán al yugo del Evangelio sino cuando se presenten los *padres prietos* (así llaman á los jesuitas); tan ventajosa idea les inspiraron sus mayores que los conocieron y amaron cordialmente.

HISTORIA

DE LA PROVINCIA

DE LA COMPANIA DE JESUS

NUEVA-ESPAÑA



LIBRO V.

SUMARIO.

Favor del Sr. arzobispo y otros ilustres personajes. Séptima congregacion provincial. Milagros de las reliquias del mártir S. Ponciano. Frutos del Seminario de S. Gregorio. De los tepehuanes. Primera entrada á la provincia de Taramará. Sucesos de los xiximes. Milagros de S. Ignacio. Nuevas reducciones de Sinaloa. Alzamiento de los negros. Expedicion contra los rebeldes. Exito de la jornada y origen del pueblo de S. Lorenzo. Visita de Guatemala. Muerte del hermano Juan de Verentia y del padre fundador Pedro Sanchez. Beatificacion de nuestro Santo padre Ignacio, y sus solemnes fiestas. Algunos prodigios por intercesion del Santo. Frutos del colegio máximo, y entrada en la Compañía del padre Alonso Guerrero. Muertes de varios sugetos. Ministerios en S. Gregorio. Fiestas de la beatificacion en los otros colegios. Fervor de los misioneros. Singular carta del padre Pedro de Velasco. Construcción del fuerte de Montesclaros, y alianza con los chinipas. Motivos de guerra con los yaquis. Primera entrada á sus tierras. Segunda expedición. Ardid del capitan y feliz éxito de la empresa. Alianza con los xiximes. Temblores y eclipses en México y sus frutos. Milagros de la imágen de S. Ignacio en Guadiana, y fundacion de la congregación. Segunda entrada á los taraumares. Sucesos de Sinaloa. Inquietud de los tehuecos. Muerte del padre Gabriel de Logroño, y frutos de la Anunciata. Caso prodigio-

so por intercesion de S. Luis Gonzaga. Extraordinaria vision de un indio. Ministerios del colegio de la Puebla. Visita de misiones de D. Fr. Juan del Valle. Sucesos de los tepehuanes. De la rebelion de los tehuecos. Trabajos de los ministros de Párras. Consecuencias de la inundacion. Ministerios entre los taramaues. Prodigios de S. Ignacio y piedad del rey Felipe III. Alzamiento de los chicoratos y sucesos del padre Juan Calvo. Muerte del padre Juan Bautista de Velasco. Peste en Topía. Mision de Guadalajara. Octava congregacion provincial. Muerte del padre Dr. Pedro de Morales. Del padre Juan de Trejo. Misiones en Michoacán. Doctrina de los mayos. Razon del padre Pedro Mendez. Reduccion de la sierra de Yamoriba. Primera casa de Loreto en México. Muerte del padre Bernardino de Acosta y varios otros. Caso raro en Tepotzotlán. Misiones de varios colegios. Arribo á Sinaloa del capitán Iturbi. Sucesos de los rebeldes chicoratos, y primera entrada á los devomes. Ministerios de los demás colegios. Nueva mision de Europa y fundacion de una congregacion en la Profesa. Mision á Nicaragua. Principios de la sublevacion de los tepehuanes. Hostilidades en Santa Catarina y en Atotonilco. En Guatimapé y Papátzquiario. En el Zape, y gloriosas muertes de ocho misioneros. Inquietudes de los xiximes. De la Sierra de Topía. Peligro de Guadiana. Expedicion del gobernador contra los apóstatas. Nuevas inquietudes y segunda jornada. Doctrina de los yaquis y descripcion del Rio Grande. Establecimiento en Granada por via de mision. Descripcion de aquel pais. Union de los colegios de S. Pedro y S. Pablo y S. Ildelfonso, y ereccion del colegio real. Revoluciones en Tepotzotlán. Informe del yirey. Prevencion real sobre aquel curato. Pleito con el Sr. Cerna. Fundacion de Mérida. Muerte del padre Pedro Diaz. Del padre Sebastian Chieca. Del venerable siervo de Dios Fr. Pedro Cardete. Estado de los demás colegios.

Favor del Sr. arzobispo y otros ilustres personages.

El siguiente año de 1608 rayó desde luego muy feliz á la provincia con el favor y singulares honores que mereció al Illmo. y Rmo. Sr. arzobispo de México D. Fr. García Guerra, del orden de predicadores. Este prelado, el dia primero del año en que celebra su institucion la Compañía, quiso mostrar el paternal afecto con que la habia mirado siempre, celebrando en la Casa Profesa de pontifical la misa de aquel dia, honrando despues con su presencia nuestro refectorio, y dando á los jesuitas las mas lucidas y solemnes funciones de su Iglesia Cate-

dral. El mismo afecto mostró en las próximas Carnestolendas, dando al pueblo la bendicion con el Santísimo, y empleando en aquellos tres dias largos ratos de oracion en nuestro templo. Acompañaban á su ilustrísima en un acto de tanta edificacion los Illmos. Sres. D. Alonso de Peralta, inquisidor apostólico y electo arzobispo del Rio de la Plata en el Perú, D. Fr. Baltazar de Covarrubias, del orden de S. Agustin, obispo de Michoacán, y D. Juan de Cervantes, electo obispo de Oaxaca. El ejemplo de estos cuatro príncipes de la Iglesia seguia el Exmo. Sr. D. Luis de Velasco, virey de Nueva-España, y el Sr. D. Lope de Armendaris, del hábito de Santiago, general de la flota, y todo lo principal de la ciudad que hicieron memorable su devocion y edificativa piedad, contribuyendo de su parte á estirpar la antigua libertad y paganas diversiones de aquellos dias.

Poco despues, á 16 de enero, se juntó en el colegio máximo la sétima congregacion provincial. La inundacion del año antecedente no habia dado lugar á ejecutarse á su tiempo. Siendo secretario el padre Juan Sanchez fué elegido el dia 18 por procurador el padre Francisco Baez, rector del colegio de Tepotzotlán. En el compañero hallamos alguna variedad. La carta annua señala al padre Juan de Ledesma. En el libro de las congregaciones hallamos anotado al padre Nicolas de Arnaya. Esto parece necesario seguir, aunque no carece de dificultad que un mismo sugeto en tan pocos años haya sido electo en segundo lugar dos veces, como efectivamente lo habia sido el padre Arnaya el de 1599. Al siguiente mayo el padre Martin Pelaez, rector de este colegio, pasó á gobernar toda la provincia. Entre las varias mejoras que el padre Pelaez habia dejado al colegio máximo, no fué la menor el suntuoso retablo cuasi para dedicarse y que se dedicó dn efecto el dia 31 de agosto al ínclito mártir S. Ponciano, cuyo cuerpo entero habia él mismo traído de Roma, volviendo de aquella capital á que habia sido destinado procurador el año de 1603. Esta pieza, que fué en su tiempo de las mas bellas de México, cedió despues el lugar al glorioso apóstol de las Indias S. Francisco Javier. El Santo mártir manifestó por entónces cuan agradable le era aquel obsequio, y la devocion del pueblo á sus sagrados despojos. Dos dias de la fiesta observaron algunos de la vecindad á un hombre que en alta voz, interrumpida con muchas lágrimas, oraba al Santo en una noche obscura á las puertas de nuestra iglesia. La mañana siguiente descubrió el misterio. Al abrir nuestro sacristan la iglesia halló al hombre que con

un niño en los brazos esperaba desde mucho ántes. Preguntada la causa refirió que aquel niño, despues de una larga enfermedad y de haber pasado dos dias sin alimento alguno, habia finalmente cedido á la fuerza del mal la noche antecedente. Que á su juicio y los de su casa habia muerto, segun todas las señas. En esta afliccion, decia, bañado en dulcísimo llanto, lo encomendé muy deveras al mártir S. Ponciano, y dejándolo acostado en la cama vine á hacer oracion á esta iglesia. A poco sentí en mí un interior movimiento de confianza, que euasi indeliberadamente me hizo volver á casa en que hallé á mi amado hijo que hablaba, y con voz clara pedía de comer. Aquí lo traigo á dar las gracias á quien lo libró de la muerte. A esta maravillosa relacion acompañaba el testimonio de los que habian oido los clamores la noche antecedente, los de su casa y la vecindad que habian sido testigos de la enfermedad y del desconsuelo de sus padres. Esto causó un piadoso tumulto ácia el altar del mártir, que no pudo desocuparse en muchas horas, y lo hizo mirar despues como un recurso universal en todas las necesidades.

Frutos de S. Gregorio.

El colegio Seminario de S. Gregorio, florecia como siempre, en utilísimos ministerios, y el Señor que con los sencillos y humildes de corazón, tiene siempre aquella familiaridad y particulares confianzas, que niega á los poderosos y á los sábios, segun el mundo, no dejaba de conservar entre los indios algunas almas escogidas, á quienes prevenia con todas las bendiciones de su dulzura. A imitacion de los banquetes y limosnas que se hacian á los pobres en nuestra Iglesia, una india principal tomó la devocion de juntar en su casa la noche de Navidad todos los pobres que hallaba mas desamparados y desnudos, Preveniales abundante cena, vestidos, y serviales por sí misma la mesa con una alegría que le rebozaba al semblante. Hizo esto segun su costumbre la Navidad de este año, y habiendo cumplido con el oficio de Marta, se aplicó al de María retirándose á una pieza mas secreta, donde tenia figurado el divino Nacimiento para pasar la noche en contemplacion de aquel dulcísimo Misterio. A poco rato, con la pasada fatiga, se sintió sobrecogida del sueño, y en él vió al Niño Dios que sonriéndose blandamente, le decia: „Madre, tú piensas que has vestido y regalado á los pobres por mi amor; mas no has hecho bien á ellos, sino á mí, cubriendo mi desnudez, y alimentándome en esta gran pobreza en que me veo.” O fuese realidad ó misterioso sueño, él obró en aquella alma un profundo desprecio de sí misma, un aumento de virtud y un

interior consuelo que jamás podia traer á la memoria, ni ver pintura ó imágen alguna del Misterio sin derretirse en suavísimo llanto. Era por este mismo tiempo en la ciudad un ejemplar de toda virtud y cristiana perfeccion una india chichimeca. Viéndola elevada á tan sublime contemplacion y favores divinos, y desconfiando algunos confesores, quisieron sujetarla al exámen de diferentes maestros de espíritu. Preguntada de su ejercicio y modo de vivir, respondia constantemente, que procuraba servir á sus amos con diligencia y amor: que de dia y de noche su continua ocupacion era dar gracias á nuestro Señor por haberla hecho cristiana, y pedir este mismo favor para todos los hombres, singularmente los de su nacion: que la continua memoria de la pasion y muerte de Jesucristo no le daba lugar á reirse, regalarse ó divertirse con vanas conversaciones, ó con otra alguna cosa de la tierra.

No era esto tan digno de admirarse en los indios antiguos en la fé, cuanto en los que poco ántes habian salido de las tinieblas del paganismo. Una india famosa curandera entre los tepehuanes, se habia despues de pocos meses convertido á la fé, cuando comenzó á sentirse en aquellos paises una epidemia de viruelas, de que murieron muchos. Fué llamada de un soldado español para que curara á su muger. La india ya cristiana, respondió con sinceridad: Señor, desde que el padre me bautizó y me desengañó de mis antiguos errores, yo no curo con las yerbas y hechizos que acostumbraba, ni creo que vos pidais semejante abominacion. Unicamente me permitió nuestro padre poner sobre el enfermo las manos, invocando los santos nombres de Jesus y María. Pues hija, respondió el español encantado de tal simplicidad, cura de ese modo á mi muger. Entónces la buena india, haciendo sobre la enferma la señal de la cruz, y repitiendo aquellos dulcísimos nombres con una confianza y devocion, que la inspiró á los presentes, y singularmente á la enferma, se despidió dejándola con un grande alivio, que fué principio de una muy breve y muy perfecta salud. El resto de la nacion crecia á grandes pasos en cristiandad y en policia. Se veian aquellas naciones salvages, que pasaban la vida en el juego y en la embriaguez, aprender diversos oficios, cultivar sus campos, cuidar de la educacion de sus hijos, celebrar sus fiestas, vestirse honestamente, fomentar su género de comercio con los vecinos españoles, y guardarles una constante fidelidad. Habiendo por este tiempo huido al monte un indio con malos designios de alborotar la tierra, ellos mismos

Frutos de los tepehuanes.

dieron aviso á unos españoles que dormian ignorantes en el campo. Los hicieron acogerse á la Iglesia de un pueblo vecino, les guardaron el sueño aquella noche, y á la mañana los escoltaron por largo trecho hasta sacarlos del peligro. Esto mismo usaron repetidas veces con los misioneros, que por ocasion de su oficio estaban ordinariamente mas espuestos á los resentimientos de aquellos foragidos.

Primera entrada á los taramaures.

La guerra, que como apuntamos el año antecedente, se habia encendido entre los tepehuanes del valle del Aguila, y parte de los taramaures sus vecinos, contra otros de la misma nacion mas septentrionales, dió motivo al apostólico varon padre Juan Fonte para emprender sujetar al imperio de Jesucristo aquellas nuevas gentes que descubrian y ofrecian tan vasto campo á su celo. Por su consejo los taramaures y sus confederados tepehuanes, dejaron la guerra con una docilidad admirable, y porque el cacique que envié (dice el mismo padre en su carta) es advertido y ladino, les pidió á los taramaures el número de los que esto decian, y lo trajo en una taleguilla de huesezuelos, y eran ochocientos cuarenta y dos hombres de guerra solo los taramaures. Visto esto, prosigue el mismo padre, vine á Guadiana á tratarlo con el gobernador, que informado de mí y de algunos caciques, dijo, doctrinásemos á la dicha gente: que de su parte acudiria, y de presente pediria al virey tres sacerdotes, dos para esta nueva doctrina, que llamaremos valle de S. Pablo, y el otro para Ocotlán, que comenzó á doctrinarse el año pasado. Yo quedo muy contento y animado, viendo la puerta que se nos abre para grandes conversiones, y mucho mas por ver se hace sin gastos de capitanes y soldados, lo cual he procurado siempre, y procuraré, porque no habiendo extraordinarios gastos, con mejor gana los ministros del rey darán sacerdotes para la doctrina, y sin duda los naturales gustan de vernos solos en sus tierras, y en viendo soldados y españoles, se recatan. Acá lo que veo es, que habiendo sido estos tepehuanes la gente mas rebelde, soberbia y traidora de toda esta tierra, despues que se dieron de paz, no han cometido delito alguno, por donde se haya ahorcado, preso ó azotado algun indio, ni se van de aquí á los pueblos de los gentiles por disgusto de la doctrina ó por apremio. Yo me encargaré de esta mision, y pues nuestro Señor me da salud y aun no soy viejo, tendria escrupulo de huir lo mas difícil y trabajoso. Saldré para ella de aquí á dos dias, porque he de visitar á Ocotlán, y llevaré conmigo al padre Juan del Valle, para que mútuamente nos ayudemos.”

22 de abril de 1608.

Hasta aquí el padre Fonte en su carta. Los nueve padres que tra-

bajaban en la Topía, aunque no tenian ya por donde estenderse á nuevas conquistas, tenian sin embargo mucho que hacer aun con los xiximes gentiles y enemigos declarados de los acaxeos, que habian sujetado el cuello al yugo del Evangelio. A principios del año habian dado no pocas esperanzas de convertirse, y estaban ya para levantar sus iglesias. Un indio apóstata bastó para apartarlos de tan saludables pensamientos. Entróse por los pueblos de los xiximes, y en sus nocturnas arengas, yo he hablado con el padre (les decia) y estoy perfectamente instruido de toda la sustancia de su doctrina. El no ha podido responder á las razones con que le he impugnado cuanto predica acerca de las cosas de la otra vida. Ya le he mostrado con el dedo que los muertos y sus almas allí se quedan en los sepulcros que los cubren: que la Iglesia que conserva estos cadáveres es la verdadera epidemia que nos ha afligido estos años, y ellos y sus españoles, la única causa de tanto estrago. No os espanten las cosas que repite de gloria y de infierno en la otra vida. Todo es patraña, y el mismo padre con lágrimas ha llegado á convencerse y confesar los errores en que hasta ahora ha vivido. Con tan negras mentiras el impío apóstata, bien que no consiguió apartar enteramente á los xiximes del deseo de bautizarse, resfrió á lo ménos de tal suerte sus ánimos, que en muchos meses no pensaron en fabricar iglesias, ni dar entrada á los catequistas. Entre los neófitos, dice el padre Diego Gonzalez Cueto, de muchos niños que han muerto, solo uno ha ido sin bautismo por haber estado la madre al tiempo del parto aislada entre dos rios en tiempo de gran creciente, y esta desgracia del niño llora la madre inconsolablemente, confesándose de ello como de un gravísimo pecado. Tienen todos el debido concepto de la confesion, que practican con una frecuencia y nimiedad increíble. Y aunque despues se sepa su pecado y quieran castigarlos, van confiadísimos, y dicen que ya su padre lo supo y se los perdonó, cosa que al capitan y españoles, ha caido tan en gracia, que han mandado se les perdone á los que esto dijeren para que crezca en ellos la estima y amor á este santo Sacramento. Resplandece mas esta piedad y la devocion del rosario en dos pueblos, á quienes parece ha echado el Señor su bendicion. Todos ellos y ellas, le rezan tan continuamente y con tanto afecto, y se confiesan con tanto dolor y cordura, que cuando allá entro, aunque es la entrada trabajosísima, me comunica el Señor un grande consuelo. Hubo indio que

Sucesos de los xiximes.

6 de enero de 1809.

se arrojó en un rio caudaloso y precipitado, que nadie se atrevia á vadear, y llegando muy quebrantado á la orilla donde yo estaba, y corrigiéndole yo aquella temeridad, mi fin, padre, me dijo, solo era confesarme, y así Dios me ayudó para que no me ahogase.

Milagros de S. Ignacio.

4 de junio de 1608.

Fomentaba el Señor la devocion de los nuevos cristianos con algunos extraordinarios sucesos, ya en la salud, ya en las sementeras, y otras cosas de que aun los mismos gentiles no podian dejar de convenir. Entre todos se hizo muy de notar un favor de nuestro bienaventurado padre Ignacio, que referiremos con las palabras mismas del padre Alonso Gomez en carta al padre Martin Pelaez: „Porque holgará V. R. de oír las cosas que Dios obra entre estas gentes por medio de nuestro padre, diré lo que me aconteció pocos dias ha en este real de S. Andrés. Estando una muger con grandes dolores de parto, y llamándome para confesarla, y habiéndolo hecho, fué nuestro Señor servido de alumbrarla con un hijo. Pero dando muestras de que le quedaba otro, fueron tan excesivos y crueles los dolores que tuvo, que los gemidos y gritos que daba, eran bien significativos del tormento que padecia en este trance. Se le aplicaron relicarios y otras cosas de devocion; pero ni acababa de parir, ni sentia alivio alguno en los continuos dolores. Se mandó tocar en la Iglesia la plegaria, como suele hacerse, para que Dios la alumbrase y sacase de aquel término tan doloroso con bendicion. A todo esto no habia consuelo. Llamáronme por estar cerca para que le dijese un Evangelio, con que tienen mucha fé los indios. Hicelo, pero tampoco tuvo efecto. En este aprieto, viendo que á la paciente le faltaban las fuerzas, le dije: Hija, encomiéndate muy deveras á la Santísima Virgen, y ofrece rezar una Ave María á nuestro bendito padre Ignacio que ha mostrado singular patrocinio en este género de peligro. Aquí está su reliquia. Saqué un hueso que siempre traigo conmigo, y poniéndoselo ella con mucha devocion; cosa milagrosa, luego al momento, la criatura que estaba dentro torcida y atravesada, causando gravísimos dolores, dió una vuelta y salió con grandísima facilidad. Fué grande la admiracion de los presentes, y mucho mas cuando vieron caer la criatura tan insensible, que á juicio de todos estaba muerta. En esta confusion volvió la madre á encomendarse muy de corazon á nuestro padre, sintiendo que fuese sin bautismo. No bien habia acabado esta oracion, cuando el niño dió muestras de estar vivo. Llamáronme á gran prisa: lo bauticé, y luego, contra lo natural de todos los recién nacidos, empezó á reir y to-

mar el pecho. Todos á voces bendecian á Dios en su santo, que por él hacia tantas misericordias. Lo mas digno de notarse fué, que despues de los dos varones dichos, sintiendo todavía algunos dolorcillos, y dando cuidado, porque se ignoraba de qué pudiesen provenir y estar la enferma muy debilitada, invocaron ella y todos á nuestro padre Ignacio, y luego arrojó muerta una niña, como de tres á cuatro meses, quedando la paciente sin alguna lesion ó resulta peligrosa.”

Así bendecia Dios la sólida piedad y sincera fé de aquellas pobres gentes que con tanta ansia venian de todas partes á buscar su salud. En Sinaloa, siguió el ejemplo de los tehuecos y sinaloas la nacion vecina de los tezoos y yecoratos, que conquistó el padre Cristóbal de Villalta. El padre Alberto de Clericis, de concierto con el capitan Diego Martinez de Hurdaide, trabajaron en la reduccion de algunos pueblos marítimos. Estos, ó por la incomodidad que habian los años antecedentes padecido por las extraordinarias crecientes de los rios, ó por algun otro capricho, muy conforme á sus génios inconstantes, desampararon repentinamente sus casas é iglesias, y se retiraron á un cerro que coronaba el mar por todos lados, ménos por una angosta lengua de tierra que lo junta al continente. El capitan Hurdaide marchó prontamente tras de ellos á la frente de algunos españoles y mas de mil indios flecheros. Los fugitivos con mugeres y niños serian quinientos, número muy inferior y que debian temerlo todo de los indios que seguian al capitan, sus antiguos enemigos. Por otra parte, la situacion de la península no les permitia ventaja alguna, pues ocupada la angostura, era preciso se rindiesen á discrecion. En este aprieto tuvieron la fortuna de tantas y tan continuas lluvias, que anegados los campos le fué forzoso á Hurdaide retirarse y dejar para mejor tiempo aquella expedicion. Este intervalo dió lugar á las negociaciones del padre Alberto, que en unos ánimos penetrados del temor, tuvieron todo el efecto que podia prometerse. Los rebeldes fueron, aunque poco á poco, restituyéndose á sus antiguas poblaciones. Entregaron las cabezas de la sedicion, en quienes se hizo un ejemplar castigo: algunos fueron sentenciados al trabajo de minas, y los demas repartidos por diversos pueblos en que se pudiese velar con mas inmediatecion sobre su conducta, y en que pudiesen formarse al ejemplar de otros mas antiguos y mas fervorosos cristianos. En el discurso del año se habian bautizado entre estos y los otros pueblos tres mil doscientos y treinta y ocho, de los cuales mil y doscientos habian catequizado y añadido al redil de

Nuevas reducciones de Sinaloa.

ctosimasiA
soryga ad eb

0001 ab-08A

la Iglesia el padre Pedro de Velasco entre los ogueras, chicoratos y caguametos. Entre los zuaques y tehuecos, habian mejorado de sitio varias raciones y pueblos, á instancias de los padres Pedro Mendez y Andres Perez de Rivas. Estas dos naciones las mas vecinas al rio de Mayo, parecia habian de abrir puerta con el tiempo á la conquista de aquellos naturales. La comodidad de ser todos de una misma lengua, y la mútua comunicacion de sus pequeños tratos, vino en fin á ofrecer lo que tanto apetecia. Los mayos parecian estar ya bien dispuestos, gustaban del trato de nuestros misioneros, y bien presto lo veremos aumentar con gran número de almas el rebaño del buen Pastor.

Alzamiento
de los negros

Año de 1609

Entretanto una dificultosa empresa y de no menor utilidad, daba materia al celo de los operarios de la Casa Profesa. Emprendió á fines de este año el Exmo. Sr. D. Luis de Velasco sujetar por las armas algunas tropas de negros bandidos, cuyo número habia crecido demasadamente en el reino, y cuyos atentados ponian en continua inquietud los caminos y las poblaciones todas desde Veracruz hasta México. Los mal contentos se habian hecho fuertes en unos lugares por naturaleza inaccesibles, y por otra parte muy abundantes de provision, de donde salian á asaltar los caminos y lugares, con un daño que se hacia sentir ya generalmente en Nueva-España, y con un ejemplo aun mas pernicioso para todos los esclavos y hombres facinerosos que hallaban en ellos una segura proteccion contra las requisitorias de sus amos, y una constante impunidad de sus mayores crímenes. El prudente virey dió esta importante comision á D. Pedro Gonzalez de Herrera, vecino de la Puebla, y suplicó juntamente al padre Martin Pelaez, vice-provincial, le concediese algunos sugetos de la Casa Profesa, que en calidad de misioneros castrenses acompañasen á la tropa, y que en llegando la ocasion tentasen tambien de su parte la reduccion de aquellos foragidos, por todos los medios que les sugiriera su piedad y su celo por la salvacion de aquellas pobres almas. Destináronse los padres Juan Laurencio y Juan Perez, sugetos muy á propósito para el éxito feliz de aquel negocio. Salimos á nuestra empresa (dice el mismo padre Juan Laurencio) á 26 de enero de 1609, habiéndose ántes promulgado bando, que en aquel dia ni en todo el antecedente saliese de la ciudad negro alguno que pudiese dar aviso de nuestra marcha á los alzados. Estos á la sazón andaban tan insolentes, que en aquellos mismos dias habian robado y prendido fuego á una estancia de campo, aunque no pu-

dieron hacer presa en la gente que se salvó por los pies. Pasaron luego á una pastoría, donde robaron seis indias, llevaron preso á un español, y quitaron á otro cruelmente la vida, habiéndole abierto la cabeza y recogida con las manos la sangre que bebían con bárbaras supersticiosas ceremonias. Al prisionero llevaron consigo hasta el pie de la sierra donde tenían su campo, y habiendo dado aviso arriba, bajó el caudillo de los negros, que llamaban *Yanga*, al son de tambores y algunos otros ruidosos instrumentos. *Yanga* era un negro de cuerpo gentil, bran de nacion, y de quien se decia que si no lo cautivaran, fuera rey en su tierra. Con estos elevados pensamientos, habia sido el primero en la rebelion desde treinta años ántes, en que con su autoridad y bellos modos para con los de su color habia engrosado considerablemente su partido. Ya viejo, reservando para sí la administracion civil y política, habia fiado el mando de las armas á otro negro de Angola llamado *Francisco de la Matosa*, nombre del amo á quien servia. El cautivo español en la presencia del negro, temeroso que le diesen tan crudamente la muerte como á su compañero, esperaba ya por momentos la última sentencia. El *Yanga* entónces, no temas, español, le dijo, *no morirás, pues has visto mi semblante*. Mandó luego que le diesen de comer, y que se escribiese al capitan Pedro de Herrera y sus soldados una carta llena de soberbia, en que le decia, que ellos se habian retirado á aquel lugar por libertarse de la crueldad y de la perfidia de los españoles, que sin algun derecho pretendian ser dueños de su libertad: que favoreciendo Dios una causa tan justa habian hasta entónces conseguido gloriosas victorias de todos los españoles que habian venido á aprehenderlos. Que en asaltar los lugares y haciendas de los españoles no hacian sino recompensarse por fuerza de las armas de lo que injustamente se les negaba. Que no tenia que pensar en medios de paz, sino que conforme á sus instrucciones viniese luego á medir las armas con ellos, y para que no pretestase su cobardía ignorancia de los caminos, le enviaba el portador á quien no habian querido dar la muerte porque le sirviese de guia y le escusase el trabajo de buscarlos. Mandó luego al español llevase aquella carta y condujese á los españoles hasta aquel mismo puesto: pero que se guardase de subir á lo alto de la sierra, sino queria morir con ellos.

Entre tanto nuestro capitan habia pasado revista de su gente, y hallado cien soldados con otros tantos aventureros, ciento y cincuenta indios de arco y flecha, á que se agregaron despues como otros doscien-

Espedicion
contra ellos.

BIBLIOTECA
VALVERDE Y TELLEZ

tos hombres entre españoles, mulatos y mestizos, de las estancias vecinas. Caminando por rumbos estraviados entre lodazares y pantanos, por no ser sentidos del enemigo, se buscó un puesto acomodado y se fortificó una casa en que se guardasen todas las provisiones de guerra y de boca. En este intermedio los dos padres hicimos nuestro oficio procurando que toda la gente se pusiese bien con Dios, para que su Magestad favoreciese la empresa, gastando todo el dia y buena parte de la noche. Afligia sumamente al capitán la aspereza de aquellas sierras y la ignorancia del camino que debía seguir cuando llegó al real el enviado de los negros con su orgullosa carta. La primera diligencia que hizo el buen español fué confesarse, y comulgar con mucho reconocimiento del gran beneficio que Dios le habia hecho en sacarlo con vida de las manos de tan crueles enemigos. Leida la carta marchó luego el ejército, domingo 21 de febrero, y se apostó junto á un arcabuco tres leguas distante del real de los morenos: al lunes siguiente descubrieron los batidores una cuadrilla de ellos que con gran prisa ensillaban algunos caballos, y su intento, segun se supo despues, era pasar á quemar un ingenio de azúcar en las cercanías de Orizava y ver si podian haber á las manos un negro de aquellas pastorías, noticioso de los caminos de la Sierra, y al español que habian enviado con la carta arrepentidos de haber dado á los españoles una guia tan segura para acometerlos. Luego que sintieron á los enemigos, dejando algunos caballos, flechas y otras armas, huyeron á lo interior del bosque y dieron aviso á los suyos. Dentro de breve se oyó en lo alto de la Sierra una espantosa algazara de hombres, mugeres y niños que clamaban, *españoles en la tierra, españoles!* Con esta notticia, el capitán D. Pedro Gonzalez marchó hasta llegar á un rio en campo llano y raso, de buenos pastos, desde donde se descubria el real de los enemigos colocado en lo alto de la Sierra en ventajosa situacion por naturaleza y por arte. Este dia se ocupó la gente en cerrar nuestro campo con buena palizada y en correr la tierra, con la ventaja de haber quitado á los negros buen número de caballos. Habia bastante motivo de temer que en la ordinaria senda de la subida pusiesen alguna emboscada; ó por algun otro camino la impidiesen; y así se pasó todo el dia en buscar algun camino mas secreto y mas seguro. No hallándose, se resolvió el asalto para el dia siguiente. Habiéndose confesado desde las tres de la mañana toda la gente que faltaba, marchó el ejército en tres trozos. El uno de los indios flecheros, que fuera de sus armas servian tambien

de gastadores para ir con hachas y machetes abriendo el camino, la otra de los arcabuceros y tropa reglada que guiaba por sí mismo el capitán: otra de los aventureros y demás gente advenediza que comandaba un alférez sobrino de D. Pedro Gonzalez. Por el camino se hizo á los enemigos bastante daño talando algunas sementeras de maiz, de tabaco y calabazas que por allí tenian. Llegando al pié de la Sierra avanzaron algunos soldados recelosos de alguna emboscada. Se vió cuán prudente era su temor, porque llegando á un puesto, un perrillo que acompañaba la marcha sintió á los negros emboscados y avisó con el ladrido á su amo. El capitán, marchando sobre este aviso llegó á un sitio que tenia á su frente unas grandes peñas tajadas que por lo alto coronaba una ceja á modo de muralla, tras de la cual se encubria mucha gente, esperando que nuestros soldados se empeñaran mas en la subida. Mas adelante, en el mismo camino, habian hecho una rosa de troncos, bejucos y maleza con que se embarazasen en el asalto. Aunque se conoció la estratagema no pudo encontrarse mejor camino, y hubieron de avanzar por aquella misma parte. Cuando el capitán y toda la tropa estuvo á tiro, comenzaron á disparar con flechas, con piedras y con troncos, de tal manera, que pareció milagro haber quedado algunos con vida. Sobre el capitán D. Pedro Gonzalez arrojaron á plomo un peñasco que evitó con poca declinacion del cuerpo; pero apenas volvió para animar su gente que desmayaba, cuando otra grande losá, raspándole por las espaldas lo llevó de encuentro cuesta abajo, hiriendo malamente al page de armas que lo acompañaba. A las voces de un esclavo suyo se creyó que habia muerto; pero él, aunque con mucha pena, procuró levantarse y animar á los suyos, diciendo en alta voz, vivo estoy y sano gracias al Señor, ¡valor compañeros! De los dos padres que llevando consigo el Santo Cristo y los Santos Oleos seguian al ejército, al uno dió una piedra en la mejilla, al otro, que fué el padre Juan Laurencio, lastimó ligeramente otra, y mas una flechá que le penetró no poco en una pierna de que tuvo que padecer muchos dias. A pesar de tan vigorosa resistencia que sostuvo el capitán con la primer columna, llegando despues la retaguardia con otro grande trozo de indios flecheros, los enemigos hubieron de desamparar la emboscada y retirarse con precipitacion á su campo, distante aun media legua de aquel sitio. En este corto tramo crecia á cada paso la dificultad con los nuevos reparos que habian hecho en todo aquel camino. Para estrecharlo mas habian impedido con grandes troncos, cortaduras y peñas-